



encilla.  
ne van en-  
este punto  
den sobre  
lo pliegues  
a los paños  
n dos sola-  
bordada de  
es de cinta  
ero de país  
guarnecido  
de colores

ara visitas  
de pésame,  
ninguna se-  
que vaya  
omar baños  
una ciudad  
ulosa e-  
o Santan-  
ó San Se-  
tian debe  
ar de lle-  
lo de reser-  
para los  
promises  
e ocasio-

FIG. 2.  
je de visi-  
y paso.—  
vestido es  
almendra,  
tura y cola  
scuto. La  
adornada

a levanta-  
o con lazos  
a rosa sin  
— Vestido  
gado y pa-  
guarneci-  
Los bol-



núm. 31.  
aprendien-  
aprendien-  
e llegar en  
sobre otro  
carlas.



zul más clar-



# EL CORREO DE LA MODA.

DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 31 — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Agosto 1878. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

SUMARIO.—Carta á Angela Grassi, por Joaquina Palmaseda.—Traje de señora y niños.—Vestido plegado para niña.—Vestido con cuerpo de aldetas para niña.—Vestido con paletot-túnica para señora.—Manteleta para jovencita.—Vestido con túnica guarnecida de cuentas y flecos.—Vestido-princesa con draperías.—Vestido con túnica guarnecido de lazos y puntillas.—Paletot sin mangas.—Vestido-blusa para niña.—Traje para niño.—Trajes de señora para baño.—Peinador con paletot para traje de mañana.—Peinador

princesa, adornado con entredores y puntillas bordadas en tul.—Peinador para niña de 11 á 13 años.—Puntillas de crochet y frivolidé.—LITERATURA: Las niñas de hoy, por Eduardo Pascual y Cuellar.—Olvídel, poesía, por A. Alcalde Valladares.—Un pecado mortal, poesía, por Ricardo Sepúlveda.—La casa de los tiros, por Francisco de P. Villa-Real y Val.—Apuntes biográficos, por Manuel López Calvo.—El Lálsamo de las penas, por Angela Grassi.—Cherada.—Economía doméstica.—Explicación del figurín.

San Lorenzo del Escorial  
11 de Agosto.

Mi querida Angela: Bien quisiera por mi propio interés y el de nuestras lectoras, poder seguir á la moda en todos sus grandes centros; sorprender sus secretos á un mismo tiempo en los salones de París que en las costas de Normandía, señalar las novedades que han inaugurado su reinado en Enghien y Caunterets, y al mismo tiempo citar las compatriotas nuestras que con ménos extravagancia y más juicio, se hayan presentado en Biarritz ó en Arechavaleta; estos estados comparativos tendrían cierto interés, y como todos los trabajos estadísticos, marcarían un progreso en el mundo de la elegancia, siendo auxiliar poderoso en materias de buen gusto; pero habiendo de guiarme por noticias más ó ménos verdícas, mis datos carecerían de fuerza y tendrían poquísimo aprovechamiento, prefiriendo comunicarte lo que yo pueda apreciar por mi misma en mi rápida excursión veraniega. Empleo, pues, por este Real Sitio, mientras puedo decirte algo de San Sebastian y París.

San Lorenzo del Escorial, el pueblo que á la augusta sombra del monumento que para admiración de propios y extraños levantó la potente mano de Felipe II, no encierra hoy el bullicio y la animación de otros veranos. Vénese cruzadas sus calles por escaso número de expedicionarios que acuden sólo adonde reina la alegría, y los claustros severos de su hermoso monasterio, no repiten con espantado eco los ruidos de los niños que juegan, ni las carcajadas de las hermosas, que prestando una labor frívola, forman corrillos de bulliciosa animación. El edificio que pensó un espíritu severo, y levantó un génio poderoso, se ve sólo visitado por las personas piadosas que acuden al templo ó por las personas pensadoras que admiran cada vez con mayor respeto lo que puede el saber, y cómo unas piedras dispuestas de una ó de otra manera, pueden guardar algo del espíritu del hombre, y ser una página elocuente del siglo que les dió forma, hablando al alma con más filosofía que todas las crónicas de la época.

El monasterio de San Lorenzo no se hizo para que resonaran bajo sus bóvedas los gritos de la infancia ni las carcajadas de la adolescencia.... Hízose para personas serias, y te aseguro, Angela mía, que ningún año, durante el verano, ha conservado este edificio su noble carácter como el presente.

La razón se adivina. Dentro de sus muros vive, en triste retiro, un joven monarca que ha visto trocarse en breve período, y como sueño demente acalorada, el amor en lágrimas, las galas en luto, la felicidad en la desgra-



marquesa de Santa Cruzó la condesa de Superunda, oyen misa en la misma capilla y salen por las tardes en el charaban, que suele dejarlas en el jardín de arriba, recogíéndolas en la Herrería, ó por el camino de Guadarrama llegan hasta la Fuente Nueva, sin escolta, sin aparato, como simples particulares, á lo que se presta mucho la escasez de curiosos que por aquí hay, y la consideración de todos que los respetan sin molestarlos.

A imitación de la real familia, las que hay de Madrid, muchas y conocidas en la mejor sociedad de la corte, discurren por estos pintorescos alrededores hasta la caída de la tarde, hora en que se dan cita en el jardín del Monasterio, y después de dar en él un par de vueltas, se retiran á sus casas donde pasan la noche ó acuden al teatro, donde una compañía buena de zarzuela, á cuyo frente figuran Carceller y la Perla, pone en escena las mejores obras del repertorio; pero nada de giras campestres, nada de reuniones particulares que otros veranos han hecho gratas las noches.... sólo dos bailes ha dado el casino, y ha sido escasa la concurrencia, como si todo el mundo se asociase al dolor que embarga el ánimo del jefe del Estado.

Como comprenderás, Angela amiga, la moda aquí no ha tenido ocasión de lucir grandes galas, y el percal hecho en combinación de dos dibujos, ó adornado con las puntillas rusas blancas de que se ha hecho este año un abuso lastimoso, forman la mayoría de los vestidos. Algunas señoras, haciendo alarde de elegante sencillez, llevan la falda con gran volante á la inglesa y paletot largo correspondiente sin más túnica ni sobre-falda; pero lo más general es la túnica bulbada de atrás, y el cuerpo-blusa ceñido con cinturón: alguna ha intentado la forma princesa en vestido corto rayado en dos colores, adornado por delante en todo su largo con chorrera ó zigzags de encaje y lazos de los dos colores, bajando por detrás un echarpe desde más bajo del busto, formado por una tira de cada color que en flojo retorcido cruzaba de un lado á otro por detrás, terminando en grandes lazadas y caídas al otro lado (siempre en la parte atrás del vestido). Esta hechura no carece de distinción, pero hoy no se comprende el vestido corto con volante á la inglesa. La rutina es el mal de muerte de la moda. El vestido que te digo llevaba un volante blanco plegado al borde que le realzaba mucho. De sombreros, los negros y los bronceados figuran en mayoría, y la forma de ala caída hacia la frente y levantada por detrás ú ondulada por detrás y caída de los lados como capota sin bridas, son las que han tenido más apasiona-

1 Á 4. VESTIDOS DE SEÑORA Y NIÑAS.  
1. Vestido plegado para niña. (Patron: pliego por el derecho, núm. VI, figs. 28 y 11 á 14.)  
2. Vestido con cuerpo de aldetas para niña. (Patron: pliego por el revés, núm. XIII, figs. 50 á 55.) (Véase el núm. 22.)  
3 y 4. Vestido con paletot túnica visto por delante y por detrás. (Patron: pliego del revés, núm. IX, figs. 32 á 38.)

cia! El pesar, que no respeta gerarquías, ha extendido su dominio al corazón de nuestro joven Rey, y toda la real familia vive en un recogimiento propio de quien sabe sentir y pensar, de quien tiene en algo más los afectos del alma que las vanidades de la tierra.

El Rey, que oye misa á primera hora en la capilla donde reposan los restos de su esposa, cuando escaso número de fieles se atreve á turbar la soledad del grandioso templo, pasa el día dedicado al despacho de los negocios y al estudio, y pasea por las tardes por el monte ó en los jardines del palacio mismo, denominados el bosque, S. A. la Princesa de Asturias con sus lindas hermanas la



das. Algunas, sin embargo, han llevado su afición á las bridas hasta el punto de traerlas en algunos, pero son las ménos, porque el sombrero con bridas más parece propio de la ciudad que del campo.

Las fiestas de San Lorenzo no han traído tampoco gran alteración á la vida pacífica que hacemos en estas montañas. La feria se verificó, como de costumbre, en la hermosa calle de Florida Blanca, y la función religiosa en el Monasterio con la solemnidad de costumbre. Aquí todo es inmutable, Angela mía, como el Monasterio, que desde hace dos siglos presta vida á este humilde pueblo sin labranza, sin riqueza agrícola, sin más esperanza que los viajeros que de cerca ó de lejos vienen á contemplar la obra inmortal de Juan de Herrera y la arrogancia austera de Felipe II.

JOAQUINA BALMASEDA.

## EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

### 1 Á 4. TRAJES DE SEÑORAS Y NIÑAS.

1. *Vestido plegado para niña.*—(Patron: en el pliego por el derecho, núm. VI, figs. 28 y 11 á 14.)

Este vestido es de nanzouk ó piqué, adornado con bordado blanco ó de color, el cuerpo abotonado por detrás, según indica el patron núm. 18, y una guarnición forma la manga corta, igual á la que guarnece doble el escote, sujetas ambas por un pequeño biés en el centro; otra con biés termina el cuerpo y cubre la unión de la falda á tablas, de 20 cents. de largo por 200 de ancho: un plaston de pliegues le adorna por delante, y por debajo de la faldita, terminada por un jareton, asoma otra 4 cents. más larga, terminada por guarnición bordada y biés. La falda se monta á una cinturilla que lleva ojales para fijarla á botones interiores en el cuerpo.

2 y 22. *Vestido con cuerpo de aldeta para niña.*—(Patron: en el pliego por el revés, núm. XIII, figuras 50 á 55.)

Para este traje pueden emplearse todas las telas que se laven, y se adornará con tiras bordadas, encaje de hilo ó bisies con vivos de otro color. Al cortar los delanteros, hay necesidad de dejar la tela necesaria para las tablas (Véase el núm. 15), y una pata con botones cierra el cuerpo sobre el cinturón, estando unida á él por detrás la aldeta plegada. La fig. 52 da la mitad de la espalda con el vuelo necesario para el plegado: las vueltas de manga, bolsillo y cuello se cortan por los patrones correspondientes, y la cintura, de 3 cents. de ancho, lleva por detrás otra pata sujeta con botones. Este modelo es de linon azul, con bisies orillados de blanco y plegados con puntilla blanca bordado de color.

3 y 4. *Vestido con paletot-túnica.*—(Patron: en el pliego por el revés, núm. IX, figs. 32 á 38.)

Estos grabados representan por delante y por detrás un traje elegante á que acompaña el patron: la túnica sin pliegues en el pecho, descendiendo recta por delante y ceñida por detrás, siendo muy cómoda para viajes ó escursiones largas. Al patron acompaña un croquis en tamaño reducido, y cruzan los delanteros á cerrar con dos filas de botones, cortándose en armonía con los costadillos, para completar el vuelo por detrás con un paño que se fija en cinturilla debajo de la aldeta, acompañando al patron las indicaciones necesarias para poder armar el traje. El núm. 3 ofrece este traje en tela cruda; un volante fruncido de 10 cents. y un doble bullonado de tela igual, adornan la falda, guarneciéndola la polonesa un ancho biés azul. El núm. 4 presenta el mismo traje en lana belga, adornado con pespuntos del mismo color separados á distancias regulares.

### 5 Á 12. TRAJES DE LA ESTACION PARA SEÑORAS Y NIÑOS.

5. *Vestido-blusa para niña.*—(Patron del cuerpo: en el pliego por el derecho, núm. V, figs. 23 á 27.)

Este vestido sencillo es de cretona blanco, adornado de percal azul oscuro. El cuerpo-blusa cierra por delante con botones y ojales y el cuello marinero, vueltas de mangas y corbata son azules con bisies blancos: la falda plegada, se monta al cuerpo, y tiene 36 cents. de largo por 202 de vuelo. Echarpe anudado por detrás y adornado á las puntas de un plegado con cuatro bisies azules.

6. *Vestido para niño.*—(Patron: en el mes de Abril.)

Se hace en paño ó lana ligera, gris, adornada de galones de 2 cents. de ancho: el pantalón cortado por el patron indicado, va ceñido por una goma; el cuerpo interior es de cretona, y á él se sujeta el pantalón y la blusa, de 30 cents. de largo y 82 de vuelo, que se dispone en pliegues correspondientes á los de la falda ó al-

deta unida al cinturón. Cuello marinero, adornado como la blusa.

7. *Manteleta para jovencita.*—(Patron: en el pliego por el revés, núm. XII, fig. 49.)

La forma es sencilla, y se hará de cachemir negro con galones bordados de oro y encaje negro fruncido al borde: un lazo de cinta de raso cierra la manteleta por delante, y la acompaña sombrero de paja redonda con follaje quemado.

8. *Vestido con túnica.*—Con una falda de faya oscura, la túnica sería muy bella en tul de lana negro cubierto de trencillas formando cuadros, cada uno con una cuenta luz de luna en el centro: el plaston, biés y lazos son de faya, y el fleco que le guarnece de seda y cuentas luz de luna: el centro de espalda lleva también su plaston lo mismo que el delantero, y las mangas pueden ser de faya como los adornos ó de la tela clara y bordada como la túnica. Puede muy bien reemplazar al fleco, plegado de encaje bordado lo mismo de cuentas, poniendo más ancho el encaje de la manga y gola. Sombrero de paja, con ala forrada de seda negra y cintas de color.

9. *Vestido princesa con drapería.*—(Patron de la drapería: en el pliego por el derecho, núm. VII, fig. 29, y para el vestido princesa, véase el pliego del mes de Mayo.)

Para la drapería ó echarpe y el cuello cortado en triángulo, se emplea una tela de lana y seda calada y muy suelta para que pliegue muy bien; y desde luego se comprende á la vista del grabado que esta drapería son cuatro pedazos distintos, cuya longitud debe calcularse por la persona: el borde del costado derecho tiene 68 cents. y se reduce á 18 con pliegues; el de atrás tiene 64 y se reduce á 21, uniéndose los bordes de unos con otros como indica el grabado, después de cosidos por arriba al vestido princesa con una costura por dentro. Todo esto debe colocarse sobre la misma persona. El vestido princesa es de faya de uno de los colores de la lana. Sombrero de paja de arroz con pluma blanca y rosa y cintas rosa.

10 y 11. *Traje para baño.*—(Patron: en el pliego por el revés, figs. 43 á 48.)

Estos modelos presentan un vestido de franela azul claro ó sarga de lana, completando la blusa plegada una esclavina de que ofrece patron también el pliego indicado: los delanteros y espalda forman pliegues rectos hasta abajo, fijándolos de trecho en trecho una bastilla, teniendo cuidado al cortar de dejar tela para estos pliegues. El calzon se corta por el patron que se ha dado en el mes de Junio. El adorno son tiras bordadas sobre blanco á punto ruso, con algodón de color y botones de nácar. Sombrero de junco ó redecilla de hule con visera forrada de franela azul como el vestido.

12. *Vestido con túnica.*—Es de tela céfiro (percal fino ó linon) azul oscuro adornado de tiras de batista cruda bordadas de colores y bisies de uno de los colores del bordado, alternando con bisies del vestido para la vuelta de manga. La túnica cierra por delante hasta la mitad y el resto se frunce y adorna con lazos de cinta; midiendo la espalda 154 cents. de largo: tres volantes de 24 cents. cada uno, adornan el bajo de la falda.

### 13 Y 14. PUNTILLAS DE CROCHET.

13. *Puntilla de crochet y frivolité con dos hilos.*—El entredós de frivolité que sirve de base á la puntilla, se ejecuta en dos vueltas con dos hilos alternando siempre una onda de 2 dobles nudos, 3 picots separados por dos dobles nudos, y otros 2 dobles nudos, y otra de 4 dobles nudos, 1 picot, 4 dobles nudos. La primera vuelta de crochet va enganchada en los picots del frivolité, y es una cadeneta sobre la que van dos vueltas de hojas y unas ondas que se presentan claras en el dibujo; y por el otro lado una hilera de hojas enganchadas en los picots y una cadeneta lisa encima. Cada una de las hojas se ejecuta con tres barras unidas por los extremos en un solo punto.

14. *Puntilla hecha á lo ancho.*—El grabado muestra claramente el modo de ejecutar esta puntilla, teniendo sólo necesidad de advertir que la onda se ejecuta cada cuatro vueltas con una presilla y barras encima al volver, completando luego la puntilla con los picots de la orilla hechos en el otro sentido, después de terminado el largo de la puntilla.

### 16. PALETOT SIN MANGAS.

Este paletot pertenece á un traje completo que ofreceremos en el número inmediato, hecho en un tejido de lana de la estación. Patron para él ofrece el pliego por el revés, núm. II, figs. 9 á 12, y se adorna con bisies de lo mismo orillados de seda.

### 17 Á 21. PEINADORES.

17. *Peinador con paletot.*—(Patron del último: en el pliego por el revés, núm. X, figs. 39 á 42.)

La falda, de cachemir azul claro, lleva un paño nesgado por delante, una nesga á cada lado y un paño al hilo por detrás, formando el adorno guarnición y entredós bordado sobre un plegado de muselina blanca. El paletot cortado por el patron antes indicado, repite el mismo adorno, y un pequeño fichú de muselina con guarnición bordada, completa el traje, al que acompaña cófia de muselina con encajes.

18 á 21. *Peinador princesa.*—(Patron: en el pliego por el derecho, núm. III, figs. 13 á 15.)

Según nuestro patron, los delanteros no llevan pliegues por delante, y se cortan con el costadillo en una pieza, haciendo la espalda con aldeta y plaston en el centro (véase núm. 18), completando la falda una tabla triple que forma un paño montado á una cinturilla bajo la aldeta. Un volante de 38 cents. adorna la falda por abajo, y los delanteros y espalda entredós y guarnición de tul bordado, á cuyo fin se ofrecen los modelos 20 y 21. El núm. 18 ofrece la espalda de este peinador que se enriquece con lazos rosa pálido y color de oliva, lo mismo que el que lleva la cófia de tul en la parte superior; el núm. 19 los delanteros.

JOAQUINA BALMASEDA.



### LAS NIÑAS DE HOY.

Hasta ahora habíase dicho que las mujeres son siempre niñas, pues que desde los seis años solo crecen en dimensiones. Hoy podemos invertir los términos de la proposición y asegurar que las niñas son mujeres microscópicas desde el punto y hora en que penetran en las lindes asignadas por los fisiólogos á la niñez.

Es sorprendente, y más que sorprendente alarmante, esa precocidad extraordinaria que se va desarrollando en la infancia. No parece sino que al ver cómo avanzamos en la senda del progreso, tiene miedo de quedarse atrás y corre también para alcanzarnos y aún á veces nos adelanta.

Las niñas, sobre todo, parece que han burlado los designios de la naturaleza y adquieren un desenvolvimiento en extremo prematuro. Desde el hondo y sereno valle por donde la infancia se desliza, se remontan de súbito á la cumbre de la montaña donde las aguarda su misión de mujeres; salto brusco y peligroso en el que arriesgan la paz del alma y la salud del cuerpo.

Así es, que la infancia en la mujer va siendo más fugaz que la luz del crepúsculo, con el que se la había exactamente comparado.

¡Pobres niñas!... Cuerpecitos de organización tan delicada y tenue, que apenas pueden sin quebrarse soportar el contacto del ambiente, y abrumados ya por todos los cilicios de la moda y todas las esclavitudes del lujo. Almas angelicales y sencillas envueltas en la nube de una inmaculada candidez, y ya la malicia rasgando esa nube y tomando por asalto aquel solio de virtudes en germen!

Mirad esos rostros: encanta á los sentidos ver cómo se llenan de atractivo; pero contemplad esas almas; aflije al pensamiento meditar cómo se despojan de la inocencia.

La ignorancia, esa sombra del alma en la edad razonada, es una ciencia saludable en la niñez, porque es ciencia que se aprende cuanto menos se estudia. Pero la ignorancia de las cosas del mundo huye bien pronto del mente de las niñas contemporáneas, dejando su lugar á la malicia.

El *nosce te ipsum* del filósofo de Grecia, es una gran sentencia que ellas acogen por instinto antes que el hombre por convicción. Solo que para conocerse á sí misma, en lugar de mirarse al alma se miran al espejo. Así es, que lo primero que aprenden, y por lo tanto lo último que olvidan, es á apreciar sus méritos personales, á aquilatar su belleza física.

Un día al contemplar su imagen dibujada en el espejo se encuentran hermosas, y se hinchán al punto de soberbia, esa congestión moral de casi todos los cerebros femeninos. No la satisfacen acaso del todo sus encantos personales ó anhela rivalizar con otra belleza, y pide entonces auxilio á los recursos del arte, y traspasando esa frontera de carmin y de albayalde que tiene toda



o: en el  
año nes-  
pañol al  
y entre-  
anca. El  
repite el  
ina con  
compaña

el pliego  
ran plie-  
en una  
on en el  
na tabla  
illa bajo  
alda por  
guarni-  
delos 20  
ador que  
oliva, lo  
te supe-

DA.

on siem-  
erecen en  
nos de la  
s micros-  
n las lin-  
armante,  
ando en  
vanzamos  
rase atras  
nos ade-

lo los de-  
olvimien-  
reno valle  
de súbito  
su mision  
arriesgan

más fugas  
a exacta-

n tan de-  
se sopor-  
por todos  
del lujol..  
nube de  
gando esa  
virtudes en

er cómo se  
mas; adije  
la inocen-

edad razo-  
porque es  
ia. Pero la  
ronto de la  
u lugar á la

s una gran  
que el hom-  
si misma,  
ejo. Así es,  
lo último  
les, á aquí-

en el espe-  
unto de so-  
os cerebros  
s encantos  
za, y pide  
raspasando  
tiene toda



Pl. 364.

EL CORREO DE LA MODA.

*Periódico ilustrado para las Señoras.*

Plaza de Isabel IIª 2, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid







mujer ante sus ojos, penetrando una vez en los dominios de la coquetería.

No es menester ya indicarlas cuál color han de elegir para sus lazos y prendidos, que realce más la hermosura de su rostro, ni qué curvas voluptuosas han de trazar sobre su frente con sus perfumados cabellos para aumentar el poder fascinador de sus ojos; ellas están muy al alcance de todos esos secretos.

Saben, sin haber leído á Lamartine, que el alma, la pasión y el dolor tienen el matiz de la palidez, y velan la púrpura hermosa de sus frescas mejillas, bajo una nube de harina, para adquirir aquella expresión interesante tan recomendada en los últimos edictos de la moda.

Seguidlas luego en sus juegos y distracciones.

Siempre se han fabricado las muñecas á la imagen y semejanza de las niñas, y por eso se ostentan hoy en los escaparates vestidas de grandes señoras, y afectando las más interesantes y atrevidas actitudes. Pero son ya muy contadas las niñas que aún se entretienen con semejantes embelecos.

Es más grato á estas mujeres de ocho y nueve primaveras, discurrir por paseos y salones con gravedad ceremoniosa, recogiendo frases y repartiendo sonrisas y miradas; conversar con los mayores, departir sobre modas y teatros, comentar la última aventura escandalosa, criticar el último drama, murmurar de las amigas y mezclar en sus diálogos alguna que otra frase extranjera, con lo que serán consideradas distinguidas jóvenes *comme il faut* dignas de figurar en la *high-life* del día. Palabras que una vez aprendidas no se desprenden de sus lábios.

De esta suerte aspiran, no ya á hacerse agradables, instinto natural y bello en la mujer, sino más bien á causar admiración. Pretenden parecernos adorables ántes de sernos simpáticas.

Si las dirigis una galantería, qué habilidad en su respuesta; si clavais en ellas una mirada significativa, qué relámpagos fulguran en sus ojos; preludios de no lejanas tormentas en el cielo de esos espíritus en que no debiera aún cernerse la más ligera nubecilla.

¡Y qué maliciosas conversaciones, y qué estudiados ademanes, y qué signos de anticipados devaneos, y qué síntomas de temprana corrupción!

¡Ah! esta evolución precipitada de la naturaleza física y moral de las niñas ha de enjendrar irremisiblemente resultados funestísimos. Intentar ántes de tiempo ese tránsito brusco de lo nuevo á lo caduco, de la niña á la mujer, es atropellar insensatamente las leyes de la naturaleza y de la vida. Así se ven jóvenes gastadas que en un día se hacen decrepitas; así la estatua se desmorona y cae ántes de ser concluida.

Lord Byron dijo de los niños.—¡Lástima que se hagan luego hombres!...—La sociedad actual puede decir de las niñas.—¡Lástima que nazcan hechas ya mujeres!

Causa generadora de esa brillante cuanto pernicioso precocidad de las niñas de hoy; la educación absurda é irreflexiva que se las da.

La sociedad es la gran responsable de todos sus errores, que tanto se afana en censurar y tan poco se cura de corregir. En los actos de nuestra vida prescindimos en absoluto de que los niños nos ven y de que las niñas nos oyen.

Hablamos licenciosas y mundanalmente entre ellas, sin pensar que son sus oídos delicadísimos fonógrafos que retienen cuanto ante ellos se dice.

De este modo vamos inoculando en esos tiernos seres el virus del impudor.

Agotamos en la atmósfera social ese puro oxígeno que necesita para poder brillar la casta luz de la inocencia, y queremos que las niñas sean inocentes.

Satisfacemos pródigamente todos sus caprichos, y no queremos que sean exigentes y voluntariosas.

Las circundamos de una nube de lisonjas, y nos extrañamos que sean vanidosas y altivas.

Desplegamos ante sus ojos bailes, espectáculos, novelas, todo género de provocadores incentivos, y nos sorprende que su cerebro se exalte, y nos choca que aborte en ellas tan pronto esa hermosa florecencia de la vida.

Siguiendo esa serie interminable de aberraciones, se ilustra su inteligencia, sin formar ántes su corazón, se nutre su cerebro sin alimentar ántes su alma, se las hace sabias y expertas sin hacerlas ántes buenas, humanas y cariñosas.

Así luego en ellas, desmintiendo su condición de mujer, llegan las ideas á dominar á los afectos, se hacen más calculadoras que sensibles, y—permitid la frase—se les sube el corazón á la cabeza, como los globos aerostáticos en los aires, por su poca densidad.

El mal es inminente, el remedio debe ser pronto.

Pidamos siempre mucha ilustración, mucha enseñanza para la juventud, que es pedir mucha prosperidad para el futuro. Pero pidamos para las niñas una atina-

da educación, ántes que esa temprana y brillante instrucción con que se las abruma, ó por lo ménos á la vez.

A vosotras, madres de familia, á vosotras incumbe especialmente esa empresa noble y regeneradora; á vosotras, que participais de las más secretas intimidades de esas pobres criaturas; á vosotras, que debeis vaciar su carácter en el molde de vuestras costumbres ejemplares; á vosotras, que haceis de ellas ángeles ó demonios.

La instrucción está principalmente en los libros, la educación en el ejemplo; ofrezco á ellas como ejemplo de irreprochable conducta, y ellas le imitarán instintivamente; que el instinto de imitación es no lo olvideis! el más arraigado en la infancia.

Arrancad la maleza de la vanidad en la niña y brotará la flor de la humildad y el pudor en la adolescente.

La mujer así formada será madre amantísima, y su esposo, dice un moderno y distinguido escritor, será el padre de sus hijos.

Impedid que las niñas tengan más años de experiencia que de edad, que se hagan mujeres de quince años ántes de cumplir los diez, que dejen de ser niñas mientras la naturaleza no las empuje suavemente á los umbrales de la pubertad, y dirigid, en fin, lenta y solícitamente sus pasos por la senda de la vida.

El que emprende la carrera precipitadamente se expone á caer en la mitad de la vía.

¡Por eso nuestra sociedad contempla horrorizada el espectáculo de tantos ángeles caídos!....

EDUARDO PASCUAL Y CUÉLLAR.

¡OLVIDO!

A BLANCA.

DESCANSA EN PAZ.

Desciendo ya. Si por ventura llego,  
sabrás, alma infeliz, decirme cierta  
¿dónde mis pasos encamine luego?

(A. Cánovas del Castillo.)

Estaba enferma, y con dolor intenso  
lloraba en su agonía;

—¿Vas á olvidar nuestro cariño inmenso,  
dime, alma mía?

Y cerrando sus ojos, en su pecho  
la vida ¡ay! acabando  
murió diciendo en su bendito lecho:  
—Ya te estoy olvidando.

A. ALCALDE VALLADARES.

5 Abril de 1878.

UN PECADO MORTAL.

A.....

Conozco mil corazones  
que te quieren demandar,  
para seguir á tus ojos  
una causa criminal,  
porque sólo haciendo daño  
es como saben mirar;  
porque fingen un amor  
que tú nunca sentirás  
y allí roban la ventura  
donde los quieres fijar.  
Entorna, pues, esos ojos  
que no dicen la verdad;  
entórnalos para siempre,  
y pues locos son de atar,  
átales corto, muy corto,  
para que no miren más,  
que cada mirada tuya  
es un pecado mortal;  
ya que engañas cuando miras,  
y es un pecado engañar

.....  
Para el amor, Adelina,  
siempre insensible serás,  
y como en el pecho llevas  
un corazón muerto ya,  
al que das tu corazón  
sólo la muerte le das.  
En vano sentir anhelas;  
en vano quieres amar,  
en vano, por ser dichosa,  
la dicha robando vas:  
tu corazón, Adelina,  
insensible seguirá  
porque en un corazón muerto

no puede el amor entrar.

Por eso ya que tus ojos  
son galantes por demas,  
ya que un volcánico amor  
á todos mintiendo van,  
ya que no sabes sentir  
lo que sabes inspirar,  
los ojos, por Dios, entorna  
para que no miren más,  
porque sólo haciendo daño  
es como saben mirar  
y cada mirada tuya  
es un pecado mortal.

RICARDO SEPÚLVEDA.

1867.

LA CASA DE LOS TIROS.

TRADICION GRANADINA.

Existe en Granada una casa de apariencia grandiosa, y de vetusta historia, que despertando la curiosidad de naturales y extranjeros, hace que sobre ella cundan versiones de distinta índole, y que efecto de esta variedad de opiniones, no se sepa aún con certeza el verdadero origen de su nombre. La casa de los tiros, que á no dudarlo se apellida así por los antiguos cañones y mosquetes que en la fachada aparecen, encierra una historia por demas tenebrosa, y que desconocida hasta ahora de la generalidad, dió grande pábulo á la curiosidad de todos, por el afán creciente de descubrir el misterio que aquel sitio envolviera.

Con el auxilio de un pergamino antiguo, procuré conocer los arcanos de aquel misterioso palacio, dando por resultado de mis investigaciones, la relación que hoy ofrezco á las bellas lectoras de EL CORREO, siquiera aparezca envuelta en una oculta tradición de este país.

I.

Corrian felices para España los últimos años del reinado de Felipe II.—Las armas españolas se paseaban vencedoras por uno y otro hemisferio, y los nobles señores que ayudaron al rey en sus atrevidas empresas, descansaban ya tranquilos al lado de sus familias, satisfechos en su interior por el logro favorable de sus azarosas proezas. Granada, más que ninguna población, contaba entre sus hijos esforzados caballeros, que descendientes de los héroes de la conquista, llevaban aún en sus venas la sangre castellana, enardecida en cien combates, y siempre alimentada por el ferviente entusiasmo que sus atrevidas empresas le inspiraran.

Contábanse entre ellos dos ilustres descendientes de los guerreros de Isabel I, que ahora disfrutaban, cual merecían, los lauros adquiridos por sus mayores, procurando no empañarlos nunca con una acción vergonzosa. Era el primero D. Fernando Perez del Pulgar y de Hínestrosa, marqués del Salar, del Consejo Supremo de los Reyes, y el segundo D. Angel Peñaranda y Escobedo, marqués de los Trugillos, que por entonces descansaba en Granada de las fatigas que le ocasionaran sus cargos diplomáticos cerca del Rey de Francia.

Amigos íntimos y siempre queridos, vivieron los dos marqueses por algún tiempo en la ciudad todavía musulmana, saliendo juntos casi todas las tardes á visitar en el convento del Campo de los Mártires, al verdadero y legítimo marqués del Salar, que voluntariamente había renunciado al mundo, y cedido el título á su hermano Fernando, muriendo después en olor de santidad, no sin que cultivara la literatura y las ciencias, en las que dió señaladas muestras de su clarísimo ingenio.

Una de las tardes en que los dos amigos paseaban por la carrera de Darro, quiso la casualidad que una hija de los señores de Castril, á quien una tapada dueña acompañaba, fuese requerida de amores, y áun insultada, en vista de sus negativas, por un estudiante, que de un grupo se lanzó á requebrar á la recatada joven.

Sobresaltada ésta por las injuriosas palabras del galán, y más azorada aún la dueña, empezaron á pedir venganza por la ofensa recibida, no tardando en aparecer en su defensa el esforzado marqués del Salar, quien dando una fuerte bofetada al estudiante, le hizo ponerse en guardia no lejos de allí, sirviéndole de testigo otro de su juvenil oficio, acompañando al marqués el de los Trugillos, que sereno dirigía el terrible lance de honor que iba á verificarse.

No se hizo esperar el resultado. La cortante espada del marqués atravesó el corazón del pobre joven, que sin esperanzas de salvación fué abandonado por todos, temerosos á las severísimas leyes por entonces dictadas sobre el duelo.

Fácil era de comprender la casa que serviría de asilo al protagonista de tan extraño lance. Una vez ocurrido el hecho, y cuando pensaba subir hacia la Alhambra, para escapar á la curiosidad general entre los padres del



convento de los Mártires, una criada de los señores de Castril, que allí junto vivía, vino á anunciarle que en su casa tenía por entonces segurísimo asilo contra la acción de la justicia.

Con gran entusiasmo aceptó tal ofrecimiento el esforzado marqués. Veía por un lado garantida su persona en casa de uno de los señores más poderosos de Granada, y por otra parte, su corazón sentía una impresión desconocida, pensando cuán cerca iba á estar de la joven que defendida por él, se había captado sus ardientes simpatías. Así fué, que sin hacerse de rogar, penetró casa de los señores de Zafra, quienes le ofrecieron nuevamente garantías de la mayor seguridad, expresándole á su vez el testimonio de su gratitud por la galante defensa que acababa de llevar á cabo en nombre de su hija. Esta añadió algunas palabras á las dichas por sus padres, y fueron las suficientes para que el corazón del marqués quedase en poder de aquella inocente niña.

En efecto; solo ocho días duró su estancia en aquel recinto, y ya era dueño de la voluntad de la joven; mil ilusorios proyectos se formaban para el porvenir, y solo dependía su desenlace del resultado que tuviera la causa formada por el pasado desafío, y de la que ya era víctima el marqués de los Trugillos, encerrado, como prisionero de importancia, en una de las fortalezas de la Alhambra.

## II.

Quince días apenas eran pasados desde el suceso con que comienza esta tradición, cuando silencioso se paseaba un apuesto personaje por los sombríos claustros del Convento de Padres Carmelitas, situado en el campo de los Mártires: de cuándo en cuándo llamaba con insistencia á uno de los legos al servicio del convento, y conversaba con él, deduciéndose del entusiasmo de su acción, que aguardaba con avidez alguna noticia de reconocida importancia, que había de venir de la parte de afuera del edificio.

Nada lisonjeras habían de ser las noticias que le diera el lego, á juzgar por el airado semblante del misterioso personaje. Ya habrán nuestras lectoras reconocido en él al marqués del Salar, que obligadamente había aceptado aquel asilo para sustraerse á la acción de la justicia, una vez conocido su anterior refugio.

De pronto, su fisonomía tomó una expresión particular de extraña complacencia, al ver venir con una carta al criado de su mayor confianza. Cogióla y abrióla de repente fué obra del momento, como instantánea fué también la variación de su fisonomía. Y era ciertamente para inmutarse, con las noticias que aquella carta contenía; en ella, la enamorada joven Doña Luisa de Zafra le daba las más desconsoladoras nuevas sobre su proceso, hasta el punto de temerse fuera condenado á la última pena, gracias á la influencia en la corte del padre del estudiante muerto, que no perdonaba medio alguno para hacer que se cumpliera el fallo justo de la terrible ley dictada hacia poco por Felipe II. — También en la carta se le ofrecía seguro refugio en el señorío de Castril, si le era fácil salir del convento donde se ocultaba.

Todo fué vacilación, todo fué recelo temeroso en el claustro en aquel infausto día; pero apremiando las circunstancias, hubo necesidad de prevenirse para que tuviera lugar la evasión en aquella misma noche: se le avisó á la recatada doncella, aceptando su cariñoso ofrecimiento, y cuando ya se creía ser la hora oportuna, vistióse el marqués del Salar los hábitos de un religioso, y figurando ser uno de los que con frecuencia eran llamados para auxiliar los moribundos, salió por la puerta principal del convento, no sin que á su salida fuese reconocido por la guardia apostada á poca distancia del edificio. No parecía haber salido mal la estratagema, pues el oficial le dejó libre el paso, creyendo buenamente que era un monje que iba á desempeñar su cristiano ministerio. Pero la desgracia que en este asunto perseguía al esforzado marqués, hizo que ya en la Plaza Nueva, una de las rondas nocturnas le pareciese sospechoso el inseguro andar de aquel religioso, y deteniéndole, pudiese reconocer en él á la persona que con tanto ahínco se buscaba. En aquel acto se le avisó al presidente de la chancillería, quien al momento dispuso, que dada su gerarquía militar, fuese conducido á una de las fortalezas de la Alhambra, donde solo estuvo unos días, hasta que bajo su palabra se le trasladó á su casa, la que por algún tiempo le había de servir de obligada reclusión.

Ya comprendió perfectamente el marqués del Salar cuál era la suerte que la fortuna le deparaba en su desgraciada causa; pero una idea luminosa le animaba en medio del tenebroso caos por que vagaba su agitada inteligencia; era el amor verdadero que le profesaba Doña Luisa, en cuya protección había más que en su influencia misma. Sin embargo, todo fué en vano: la guardia recelosa puesta por orden de la chancillería, evitaba toda comunicación exterior, así que cuantas cartas salían para Doña Luisa eran interceptadas, y las que al marqués iban dirigidas sufrían igual desgraciada suerte.

Así transcurrieron cerca de dos meses, no llegando á los oídos del prisionero más palabras que las que sus enemigos hacían llegar hasta él, conociéndose á no dudarlo, que su suerte estaba fijada, y que solo con su vida podría lavar el crimen que con tan negros colores se hacía estampar en el proceso.



Doña Luisa

5. Vestido-blusa para niña. (Patrón del cuerpo: pliegue por el derecho, núm. V, figs. 23 á 27.)

6. Vestido para niño. (Patrón: cuerpo interior, faldita plegada y blusa. Patrón en el mis de Abril.)

7. Mantelito para jorronita. (Patrón: pliegue por el revés, núm. XI, fig. 49.)

8. Vestido de tónica adornada con cintas y lazos.

9. Vestido principesco con draperías. (Patrón: pliegue por el derecho, núm. VII, fig. 29.)

10 y 11. Traje para baños de mar. (Patrón: pliegue por el revés, núm. XI, figs. 43 á 45b.)

12. Vestido con tónica y puntillas.

Suficiente fué esto para que el marqués tomase una resolución irrevocable, y deseando ante todo conservar incólume el sagrado nombre de su familia, determinó ordenar todos sus asuntos y disponer de sus bienes, delivando largo rato á despedirse de su casta prometida, no dudando que sus despididos jueces mandarían á su destino este último y solemne adiós de un moribundo. Tomadas estas disposiciones, se internó en sus habitaciones, anunciando iba á descansar de su penoso trabajo, y cuando todos le creían profun-

sentencia como la que iba á imponerle la chancillería, y para ser consecuente con el lema sagrado de sus armas; *quebrar y no doblar*, decía uno de los cuarteles de su escudo, y antes quería cortar el hilo de su vida, que doblar su orgullosa cerviz al hacha del verdugo.

Intil sería describir la impresión que en todos produjo tan fatal noticia; se extendió por Granada con la rapidéz del rayo, y bien pronto se vió llegar á la casa del marqués á su despidado acusador, que quería ver con sus propios ojos cómo escapaba á su venganza la víctima que tanto había atormentado.

Cual si hubiera sido destino providencial, aquella semana se falló la causa, y apreciándose en ella circunstancias especiales, que variaban los hechos fundamentales de la acusación, se dictaba acusación libre para el desgraciado marqués, que al menos no vería desde el mundo desconocido en que habitaba la deshonra de su esclarecido nombre.

Doña Luisa pudo apenas soportar tan terrible golpe, y empezó á decaer en sus fuerzas corporales, ya harto débiles con esos sufrimientos morales, que sordamente minan hasta destruir nuestra existencia.

Convencida de lo pasajero y efímero de la vida, y recordando cuán desgraciada fuera en sus primeros y únicos amores, decidió abandonar el mundo, y concluir su malograda existencia en el convento que junto á su casa fundaron sus antepasados. En efecto, al año siguiente, el día mismo del aniversario de la muerte del marqués, una hermosa joven pronunciaba sus votos ante el altar del Señor, y tomaba para el claustro el significativo nombre de María de la Resignación; esta virtud fué su regla de conducta, y cuando pasados treinta años Dios dispuso de su vida, fué general en el claustro el llanto por su muerte, reflejo último de sus continuas virtudes.

Han transcurrido cerca de tres siglos desde estos acontecimientos; nadie recordaba el drama que va reseñado, cuando en el año 1823 tuvo precisión el morador de la antigua casa del Salar de hacer una pequeña obra, y con extrañeza notó que por cierta parte de la pared sonaba hueco, anunciando que allí detrás existía algo desconocido. La curiosidad le movió á derribar el tabique, y encontrándose una habitación amueblada y en la misma forma en que estaba cuando ocurrió el suicidio del marqués; sus parientes quisieron, tapiándola, hacer olvidar á todos este infamante suceso, y la casualidad se encargó más tarde de recordarlo, para que nunca se olvidara, nombrando desde entonces aquel palacio *casa de los tiros*, sin duda por los que privaron de la vida á aquel noble desgraciado, último de los de su casa, enterrados en la capilla de Pulgar.

F. DE PAULA VILLA-REAL Y VALDIVIA.  
Granada 24 Julio 1878.

## APUNTES BIOGRÁFICOS.

ANGEL CHAVES.

Este joven y distinguido escritor nació el día 13 de Abril de 1849. Empezó á escribir en 1864, publicando pequeños poemas en colaboración con D. Ricardo Ogaz, *Cuentos de dos siglos* y *Caridad*, preciosa novela que alcanzó un éxito brillantísimo.

Hizo las traducciones en verso de *Rolla*, de *Alfred Musset*, *Manfredo* y *Ovar de Alba*, *El Intermedio* de *Enrique Heine*, varios folletos de Víctor Hugo y *Diálogos* y *fragmentos filosóficos* de Renan, en prosa.

El género dramático, que también ha cultivado con bastante fortuna, le ha proporcionado aplausos en los dramas en un acto *El amor en la ausencia*, *La flor del umbrío* y *El ver-lujo de sí mismo*. *Las alas de cera*, comedia en un acto, en colaboración con D. Ricardo G. Torres y la comedia *Frete á frente*, en colaboración también con D. José Soriano, han obtenido, igualmente que las obras citadas ántes, bastante buen éxito. El Sr. Chaves prepara para publicar á la mayor brevedad un libro de leyendas en verso titulado: *Recuerdos del Madrid viejo*, otro tomo de pequeños poemas y un drama en tres actos titulado: *La mejor cura*. Angel Chaves cuenta muy pocos años todavía, y sin embargo, qué hábito de trabajo y perseverancia, qué sólida instrucción la suya, qué recto y claro juicio, qué firmeza de ideas. Redactor de varias publicaciones periódicas-políticas, y en la actualidad de *El Clamor de la patria*.

ANTONIO SANCHEZ RAMON.

Nació este distinguido y festivo escritor en Baza, provincia de Granada, en Octubre de 1849, estudiando filosofía y farmacia en Granada.

En 1869 escribió en Madrid en el periódico *La Democracia republicana*, que dirigía don Francisco Córdoba y Lopez.

En 1870 en *El Sufragio universal*, y más tarde en *La Igualdad*, cuando estaba encargado de la dirección de este periódico D. Francisco Cala.

Ayuntamiento de Madrid



En 1874 publicó el libro intitulado *Fantasías*, cuyo éxito fué completo desde su aparición.

En 1878 fué redactor-corresponsal del periódico diario político *La Publicidad*, en donde el autor de estas líneas tuvo el honor de ser su compañero. Corresponsal en el segundo cuerpo de ejército en Tafalla, Oteiza y Monte-Esquiza, y después en el primer cuerpo de ejército en Obanos y Puente la Reina.

Suprimida *La Publicidad* por el gobierno del Sr. Cánovas del Castillo, entró á formar parte de la redacción de *La Bandera Española* y después en *El Solfeo* y *La Union*.

Sanchez Ramon ha hecho como autor dramático las obras *La caja de Música*, *A casa de noticias*, *El señor de la casa*, *Los antipodas* y *Los amigos de Benito*, esta última en colaboración con D. Eusebio Sierra.

El nombre de Sanchez Ramon es demasiado conocido para que yo me extienda en hacer consideraciones y comentarios sobre él como escritor.

Mi sincera convicción es que el Sr. Sanchez Ramon es un distinguidísimo escritor festivo, cuyos trabajos se leen con verdadera satisfacción, y mi consejo sincero á quien de una manera tan notable da á conocerse al público es, que limitara un poco su actividad periodística, y se consagrara más de lleno al libro y al teatro, á este último sobre todo.

MANUEL LOPEZ CALVO.

Junio 30 de 1878.

## EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA DE COSTUMBRES

Original

DE ANGELA GRASSI.

(Continuacion.)

Virginia estaba muy pálida, pero iba y venía, haciendo cuanto era necesario, con una presencia de espíritu sublime.

Cláudio se había acurrucado en un rincón, y miraba á todas partes con ademan estúpido.

En cuanto á Lorenza lloraba: ¡ah, por muchas lágrimas que vierta una madre, nunca se agotan las fuentes de su ternura!

La abuela había perdido la palabra, y en sus ojos inmóviles y vidriosos estaba ya pintada la muerte; pero Nicolás, agitado por un delirio cada vez más intenso, mostraba, por el contrario, una exuberancia de vida.

A instancias de Virginia el sacerdote le tomó el pulso, le examinó largo rato con atención, y luego, levantándose, se dirigió á Lorenza diciendo:

—Me parece que todo no está concluido para este pobre jóven.

El alma de la triste madre estalló de júbilo.

—El médico, respondió con voz trémula, vino esta mañana muy temprano y nos ordenó que le mandásemos disponer.... pero ¿quién sabe si Dios habrá hecho alguno de sus milagros?

—Por qué no? En una enfermedad tan aguda puede sobreenir una crisis favorable. ¿Cuándo debe volver?

—Mañana! dijo Lorenza suspirando.

—¡Mañana, tratándose de un ataque cerebral!

—¡Visita por caridad!

Las mejillas del digno sacerdote se enrojecieron.

—Caridad! murmuró, ¿y á esto llaman caridad? ¿Quién es?

—D. Saturio Gomez.

—¡Ah, sí, ya le conozco!

Gomez era un médico de fama, muy preconizado por su filantropía, pues no rehusaba sus visitas á ningún pobre; pero el venerable sacerdote sabía muy bien que el egoísmo y la vanidad constituían el fondo de aquella aparente beneficencia.

—La caridad que no se hace por entero, dijo, no es la caridad de Jesucristo; y á esto más bien que caridad podría llamársela asesinato. Mándele V. llamar á él ó á otro. No piense V. en nada: todo corre de mi cuenta.

Lorenza le besó las manos con efusión; Cláudio se lanzó á la calle como un loco.

El cura se sentó de nuevo entre los dos moribundos, mientras Virginia y su madre, postradas de rodillas, pedían á Dios la salvación de sus queridos enfermos.

Al cabo de un instante llamaron á la puerta; Virginia salió á abrir.

Dos señoras se presentaron en el dintel; pero mientras la una entró resueltamente, la otra se quedó como escondida en el descanso de la escalera.

Virginia, absorta en su dolor no reparó en este detalle, mucho más cuando ya era cerca del anochecer y el aposento estaba sumido en tinieblas.

La señora que había entrado, preguntó con interés:

—¡Vive aquí el jóven que ha presentado el cuadro de la caída de Luzbel en el último concurso?

—Sí! respondió Virginia sorprendida.

—El cuadro me ha gustado y he resuelto comprarlo, prosiguió la desconocida.

Lorenza y Virginia soltaron un grito de alegría.

—¿Tendrían dinero! ¿Podrían disputar su víctima á la muerte con los recursos de la ciencia!

—En dónde está? quisiera hablarle! insistió la señora.

Estas palabras recordaron á Virginia la inminencia del peligro.

—¡Ay, que se halla moribundo, exclamó entre sollozos, ¡ay, que quizás le perdamos para siempre!

La señora miró furtivamente á su compañera; ésta reprimió un movimiento de impaciencia.

—Comprendo que mi visita es intempestiva en este momento, repuso la señora, pero me ha gustado tanto el cuadro que no quisiera que otro comprador se me anticipase. Tenga V. la bondad de admitir tres mil reales de señal: cuando ese jóven esté restablecido hablaremos....

Y puso en las crispadas manos de Virginia un abultado bolsillo.

—Madre, madre, exclamó esta con explosión de loco júbilo, ya tenemos oro, ¡está salvado!

Respondióla una carcajada estridente de Nicolás que se incorporó sobre el lecho.

Acudió Virginia desahogada en su auxilio, siguióla la señora, y se abalanzó tras ella su misteriosa y discreta compañera, aunque ésta tuvo cuidado de quedarse en la penumbra que invadía los pies del lecho.

La carcajada de Nicolás terminó en un acceso de frenesí. Daba miedo verle: estaba lívido, tenía el cabello erizado, hosca la mirada.

—Mi cuadro! mi cuadro! murmuró con tono sombrío, golpeándose el pecho, le han rechazado! ¡Ah, ya no la veré más!... ¡Nunca más!.... Dios mío, yo quiero morir!... ¡Yo quiero morir, Dios mío! Tengo una mancha aquí, en la frente.... ¡No ven Vds. la mancha que empaña mi frente!... ¡Me han llamado hermano de un ladrón!.... ¡Genoveva, Genoveva! Ya no puedo rehabilitarme á tus ojos! ¡Ya no puedo presentarme á tí, sin miedo en el corazón, sin vergüenza en el semblante!....

Era la primera vez que sus labios pronunciaban en alta voz el adorado nombre; era tal la energía de su carácter, la fuerza de su voluntad, que jamás había dejado que el fatal secreto se escapase de sus labios.

Virginia y su madre soltaron una exclamación de dolorosa sorpresa al adivinarle. Las dos señoras se miraron, y la segunda retrocedió algunos pasos como si intentara huir, sin ser vista....

—La mancha negra se extiende, repuso Nicolás, con tono azorado, cómo se extiende!.... Es un mar de encrespadas olas que me arrojan lejos de ella.... ¡y sube, sube.... me ahoga!.... Genoveva, adios.... ¡ya te he perdido, te he perdido para siempre!....

Cayó desplomado sobre el lecho. Su semblante antes lívido se puso amoratado, sus ojos se inyectaron de sangre, y su respiración se tornó anhelante y fatigosa.

—¡Si el médico no llega pronto, será inútil su presencia! dijo el sacerdote.

Virginia arrojó lejos de sí el bolsillo que estrechaba antes con tanto afán, exclamando con una expresión de dolor sublime:

—¡Ya, para qué me sirves!

El bolsillo, al caer, produjo un ruido sordo y metálico que heló el alma de las dos señoras.

Pero la reacción en Virginia fué rápida como el pensamiento: recogió el bolsillo y salió corriendo de la estancia.

Iba á buscar un médico con el vestido destrozado, con el cabello esparcido....

Los personajes actores de esta lúgubre escena, quedaron solos, mudos, absortos en su quebranto.

Al estertor de la abuela se había unido el ronco extertor que salía de la garganta de Nicolás. Sólo revelaban, que no le había abandonado todavía el vital aliento, los sacudimientos nerviosos que le agitaban.

Por fin, se abrió la puerta y apareció Cláudio con el médico. Detrás venía Virginia.

El médico era un bondadoso anciano.

Se acercó al moribundo y movió tristemente la cabeza.

—¡Unos cuantos minutos le han perdido! dijo.

Sacó un pomo y lo aplicó á los labios de Nicolás.

Este abrió los ojos; la familia lanzó un grito de alegría.

—¡Oh, no se regocijen Vds! se apresuró á decir el médico conmovido. No he hecho más que galvanizar un cadáver!

Hubo un instante de angustioso silencio, interrumpido únicamente por el estertor de la abuela.

¡Pobre anciana, que sólo había vivido para su familia, que había cifrado toda su alegría en su familia, y ahora moría sola sin que nadie fijase en ella la atención!

¡Es que el corazón humano es demasiado estrecho para abarcar dos grandes dolores, es que lo que sostiene el interés es la esperanza, y ya no había esperanza para la triste octogenaria: es, por último, que nadie se asombra de ver desquiciarse la vieja encina y llora sobre el arbusto destrozado!

Pero á ella no le hacían falta las lágrimas: ¡había vivido santamente é iba á volar santamente al cielo!

Las miradas de Nicolás vagaron sobre todas las personas que rodeaban su lecho, y se fijaron en la desconocida, oculta enteramente entre la sombra.

—¡Genoveva! murmuró, tendiendo hacia ella los brazos.

¿La había visto con los ojos del cuerpo ó del espíritu? ¿Había advertido su presencia ó se la había revelado la magnética atracción de su alma?

Genoveva, pues ella era, se adelantó sollozando.

—¡Ah, dijo, me ocultaba porque temía que Vds. me rechazasen!

En aquel momento las vecinas avisadas trajeron un velón.

¡Los infelices carecían hasta de luz!

Fuese que Nicolás hubiese invocado á Genoveva en medio de su delirio y recobrase la razón al oír el eco de su voz, fuese que la reciente claridad esparcida en el aposento le permitiese ver con todas sus perfecciones el ídolo adorado, lo cierto es que soltó un gemido y sufrió un desmayo.

—¡Quién sabe si esta repentina emoción le salvará! dijo el médico. ¡Dios es tan misericordioso!

Lorenza, Cláudio y Virginia se agruparon en torno de Genoveva. No podían hablar, tan conmovidos estaban, pero se ampararon de sus manos y las cubrieron de besos.

Nicolás volvió en sí, y sus miradas buscaron á Genoveva. Sus miradas habían perdido su fijeza, su expresión sombría.

—¡Héme aquí! dijo Genoveva con dulcísimo tono, acercándose al lecho. ¡Traigo conmigo la felicidad y el honor! El escribiente que robó la caja de mi padre, cayó en poder de la justicia y confesó de plano su delito... Está expiándolo en presidio... ¡Cuánto le he buscado á Vds. para darles esta noticia... Si el otro día no hubiese ido á la Academia, si no hubiese admirado su cuadro y no hubiese preguntado el nombre de su autor... ¡Cruel! ¡por qué ocultarse de este modo á sus amigos!... ¡Su cuadro de Vd. es magnífico: ¡qué importa una derrota, debida quizás á la malevolencia; el génio siempre triunfa.

Las palabras de Genoveva resonaban como una música deliciosa en el alma de Nicolás.

Su rostro se trasfiguró, iluminándose con los resplandores de un júbilo divino.

Atrajo hacia sí á la jóven, y la contempló con éxtasis.

—¡Quién sabe! dijo el doctor en voz baja.

—¡Quién sabe! ¡quién sabe! murmuraron con estremecimientos de alegría Cláudio, Lorenza y Virginia.

Por fin, Nicolás halló ecos en su garganta para reproducir sus sensaciones.

—¡Ah, dijo en voz baja, todas las felicidades á la vez! ¡gracias, Genoveva, ángel mío, gracias!..

Pero ¡ay! aquella calma fué tan pasajera, como la de la naturaleza trabajada por la tempestad, entre un rayo y otro rayo....

El semblante de Nicolás volvió á cubrirse de púrpura, sus ojos volvieron á inyectarse de sangre, y su respiración á ser anhelante y fatigosa como antes.

—¡Yo quiero vivir, yo quiero vivir! balbuceó agitando entre horribles convulsiones. ¡Por qué esconden la luz! ¡No veo...! ¡Por qué se aparta V. de mí, Genoveva...! ¡Ya no siento el contacto de su mano...! ¡Qué es este hiel que me sube al corazón y lo paraliza...! ¡Si será la muerte...! ¡Dios mío, yo no quiero morir ahora, no quiero...!

Y el infeliz hacía esfuerzos desesperados como si luchase con un fantasma invisible!

—Morir tan jóven, prosiguió con voz entrecortada, ¡mi cuadro... mi gloria... mi amor...

¡Ah, que Dios me castiga...! ¡Ah, que reconozco la justicia de mi castigo...! Y si no muero puro, si no muero perdonado, no me reuniré en el cielo con mi Genoveva...! ¡Genoveva, acérquese V., escúcheme V... más cerca... más cerca...! Yo me interpose entre V. y mi hermano...! Sabía que V. le amaba, que él la amaba, y no obstante me interpose... y no obstante la dejé á V. creer que Cláudio amaba á otra... ¡Falsedad, mentira, falsedad y mentira que debo expiar ahora... pero luego, en el cielo...! ¡Perdóneme V...! ¡ruegue V. por mí...!

Calló un instante, y después gritó con extraña fuerza



a su familia,  
ilia, y ahora  
encion!  
ado estrecho  
o que sostie-  
ia esperanza  
que nadie se  
na y llora so-

as: ¡habia vi-  
al cielo!  
todas las per-  
n la descono-

acia ella los

ó del espíritu  
la revelado la

llozando.  
a que Vds. me

as trajeron un

á Genoveva en  
al oír el eco de  
esparcida en el  
perfecciones el  
gemido y sufrió

cion le salvará  
so!

paron en torno  
nmovidos esta-  
las cubrieron de

iscaron á Geno-  
za, su expresion

dulcísimo tono,  
la felicidad y el  
de mi padre,  
e plano su deli-  
anto les he bus-  
si el otro día no  
ese admirado su  
re de su autor...  
o á sus amigos!..  
mporta una der-  
el génio siempre

como una músi-  
con los resplan-

npló con éxtasis  
baja.

iraron con estre-  
za y Virginia.  
ganta para repro-

licidades á la vez  
sl..

ajera, como la de  
ad, entre un rayo

brirse de púrpura,  
gre, y su respira-  
ates.

balbuceó agitan-  
or qué esconden la  
le mí, Genoveva...!

! ¡Qué es este hie-  
iza...? ¡Si será li-  
rir ahora, no quie-

rados como si lu-

oz entrecortada, y

ue reconozco la jus-  
puro, si no muero  
o con mi Genove-  
heme V... más cer-  
tre V. y mi herma-  
la amaba, y no obs-  
e la dejó á V. creer  
l, mentira, falsedad  
ero luego, en el cie-  
r mí...!  
con extraña fuerza

—Cláudio, Genoveva, Virginia, madre mia, abuela,  
abuela... Venid todos, venid, quiero veros...

Hizo un movimiento, cual si quisiera arrancar de sus  
ojos una funesta venda; tendió los brazos cual si qui-  
siera estrechar alguna cosa contra su pecho...

—¡Estamos aquí, estamos todos aquí! dijeron á la par  
su desolada madre y sus hermanos.

—¡No os veo! ¡no os veo! repuso Nicolás con una voz  
tan débil, que apenas era perceptible. Adios, perdonad-  
me mi impaciencia, mis arrebatos; Cláudio, Genoveva,  
perdonadme mi falsía; rogad por mí, llorad por mí...!

—¡Siempre! ¡siempre! exclamaron todos entre sollo-  
zos.

—Sí, prosiguió Nicolás en voz baja, el cuadro, los pin-  
celes... Virginia... tráeme los pinceles...! ¡Seré un gran  
pintor...! ¡Genoveva...! ¡madre mia...!

Su voz se extinguió lentamente, finalizando con un  
suspiro.

Dobló la cabeza sobre la almohada, cual un pálido li-  
rio que dobla su tallo, abatido por la tempestad.

¡Había muerto!

¡Un suspiro respondió á su último suspiro!

¡Era el que terminaba el extertor de la pobre abue-  
la...!

## CAPÍTULO XII.

## EL BIEN TARDÍO.

La ausencia disminuye las  
pequeñas pasiones y aumenta  
las grandes, como el viento  
apaga una bugia y enciende una  
hoguera.  
La Rochefoucauld.

Habian pasado tres dias desde la dolorosa escena que  
acabo de describirte.

En aquella miserable estancia nada se veía cambiado,  
solo que habia dos cadáveres de ménos.

¡Es imposible pintar toda la amargura que encierra  
ese día largo, triste, frio y silencioso que sigue al día  
postrero en que habita con nosotros el sér querido! ¡A  
la febriciente actividad, á la excitacion nerviosa, á la  
impaciencia, al aturdimiento, sucede una calma glacial  
que oprime el pecho como la losa de un sepulcro! ¡Ya no  
hay esperanza; ya no hay, por lo tanto, sufrimiento agu-  
do, pero quedan el desaliento, la tristeza, el anonada-  
miento de todas las facultades.... ¡La luz enoja, el aire  
hiela, el corazon se quiebra, y las horas marchan lenta-  
mente, que casi se duda de ver declinar el sol hácia el  
ocaso.

¡Lo que está fijo en nuestra memoria es aquella débil  
voz que nos llamaba y que ya jamás volveremos á oír, lo  
que buscan incessantemente nuestros ojos, es aquel lecho  
en donde se reclinaba el triste enfermo, y que ahora es-  
tará para siempre ya desierto...!

Lorenza y sus hijos se habian sentado tan cerca el uno  
del otro, que casi se tocaban.

¡Ah, es que temian separarse, es que temian perderse  
si se separaban...!

Era otra vez el anochecer: la luz dudosa ya apenas ilu-  
minaba el aposento, dejando sumidos en la oscuridad  
sus ángulos más apartados.

A medida que la luz se ofuscaba, aquellos tres infeli-  
ces arrimaban instintivamente sus sillas. Casi hubiérase  
podido decir que tenían miedo; pero es que tenían mie-  
do á las tinieblas de su espíritu, porque la lobreguez de  
la noche aumenta la lobreguez del alma.

El silencio era profundo; los tres pensaban en un mis-  
mo objeto, y á favor de la oscuridad, por las mejillas de  
los tres corrian abundantes lágrimas, retenidas hasta en-  
tonces en el fondo del corazon.

La noche cerró completamente; el desconsuelo se fué  
trocando en melancolía.

Lorenza tomó las manos de sus hijos y las estrechó  
contra su pecho.

Cláudio y Virginia escondieron la frente en el regazo  
de su madre.

Esta pasó sus manos secas y delgadas por entre sus ca-  
bellos y murmuró una bendicion.

Largo tiempo pasaron en este estado.

Los tres sintieron entonces descender á su corazon un  
inefable consuelo; los tres bendijeron á Dios é invoca-  
ron el espíritu inmortal de Nicolás, que ya debía ocupar  
junto al trono del Señor el lugar de los elegidos.

¡Ah, que en vano se cierne la desdicha sobre los justos  
de la tierra! El que posee un alma pura, una conciencia  
intachable, es como la palmera del desierto que si inclina  
la copa cuando pasa la ráfaga de viento, vuelve luego  
á erguirla con nueva magestad; es como el cedro, que no  
se corrompe aunque esté expuesto á la accion del agua,  
porque el consuelo se halla dentro de sí mismo.

Resonó un ligero golpe en la puerta.

Los tres lanzaron un grito.

Virginia fué á abrir.

Era Genoveva acompañada de la misma señora.

Desde la muerte de Nicolás no habian vuelto.

La señora se despidió y se fué, Genoveva vino á sen-  
tarse al lado de Lorenza sin pronunciar ni una palabra.

Los rayos de la luna empezaban á penetrar en el apo-  
sento, é inundaron repentinamente su rostro.

¡Genoveva lloraba!

—Gracias! dijo Virginia en voz baja.

Volvió á renacer el silencio y duró mucho tiempo.

—Cláudio, dijo por fin Genoveva con acento trémulo,  
vengo á hacerle á V. una confidencia y una proposi-  
cion....

Lorenza y Virginia se levantaron para retirarse.

—¡Oh! se apresuró á decir Genoveva ruborizándose,  
necesito, por el contrario, que Vds. me oigan,... Bien sé  
que el momento no es oportuno.... pero graves conside-  
raciones me obligan á apresurarlo....

Luego repuso con voz mal segura.

—Cláudio: he nacido en dorada cuna, he crecido en la  
abundancia; pero en cambio tuve la desgracia de no co-  
nocer á mi madre, mi padre obligado por las circuns-  
tancias, solo me manifestaba un cariño tibio é indife-  
rente.... Los criados me adulaban y no me querian, flac-  
tuando siempre entre los dos poderes que se disputaban  
el cetro en mi casa.... No tenia ni una amiga, porque el  
mismo adverso poder evitaba que contrajese amistades  
que pudiesen incitarme á la rebelion.

Yo era rica de bienes materiales, pero mi alma pobre  
de afectos. Sedienta de cariño languidecia en la soledad  
y se apagaba.... ¡La Providencia me llevó á orillas del  
Manzanares, y allí oí la conversacion que V. sostenia con  
su hermana!

Comprendí entonces lo que era la felicidad, y mi alma  
quedó salvada.... ¡Le debo á V. la existencia de mi al-  
ma, Cláudio! ¡Nos unen para siempre los lazos indestruc-  
tibles de un beneficio hecho y recibido!.... ¡Creo tener  
derecho á su simpatía y á su cariño, como Vds. lo tienen  
al mío!...

Calló un breve instante, y luego prosiguió diciendo:

—Yo tambien he sufrido mucho en estos dos largos  
años; yo tambien he sido víctima de la contraria suerte,  
y lejos de encerrar como Vds. mis penas en mi propio co-  
razon, vengo á depositarlas en el suyo!.... ¡Ah, repuso  
prorumpiendo en sollozos, ¡estoy sola en el mundo!....  
¡Ya no tengo padre...!

Únicamente entonces Cláudio y Virginia repararon  
en que estaba vestida de riguroso luto.

—¡Será posible! exclamaron ambos aterrados.

—¡Ah, hija mia, pobre hija mia! murmuró Lorenza,  
con que la muerte nada respeta, ni la encina ni la caña!  
¡con que V. tambien saborea la copa de las lágrimas!

—¡Pero cómo fué esto! preguntó Cláudio transido de  
dolor, tan jóven todavía, tan robusto!

—Murió víctima de sus errores, ó más bien, de su  
único error que los engendraba todos... dijo dulcemente  
Genoveva. Mi padre, que no habia querido casarse con  
Cándida por no sufrir su yugo, acabó por someterse á él,  
como V. sabe, y por temblar como un niño en su presen-  
cia.

Aunque ella queria que se echase tierra al asunto, que  
originó sus desgracias de V., yo ansiosa de verlos reha-  
bilitados, hice activar con ardor las diligencias judicia-  
les, que dieron por resultado la captura del verdadero  
culpable.

Este, por salvarse, declaró que habia obrado de aquel  
modo por instigacion de Cándida, quien queria obligar-  
le á V., viéndose desamparado, á que se casara con ella.

Esta declaracion, como es natural, la cubrió de ridí-  
culo á los ojos de todos.

Cándida avergonzada y furiosa, corrió á buscar á mi  
padre, haciéndole responsable de cuanto habia pasado,

pues decia que solo lo habia hecho para darle un rival,  
y reducirle por celos á que le cumpliera su promesa. La  
escena que medió entre ambos con este motivo fué tan  
violenta, que produjo en mi padre un ataque de apople-  
gía. V. sabe lo que es esta terrible enfermedad que con-  
vierte á un hombre en un niño, á un jóven en decrepito  
anciano.

Ya que no pudiese adquirir el derecho de llamarme  
hija, quiso Cándida al ménos arrebatarme mi fortuna....

Consiguió que los médicos declarasen que necesitaba  
salir de Madrid y habitar en un clima más templado.

¡Quería arrancarme de en medio de mis amigos!

Se dispuso de pronto el viaje á Murcia, y allí se hizo  
totalmente dueña de la situacion. Se instaló en la casa,  
se abrogó el exclusivo derecho de cuidar al enfermo y de  
atormentarle á su placer, y yo fui relegada á un aposento  
apartado.

Gámbara nos habia seguido, y no se separaba ni un  
instante de mi padre... ¡Yo estaba sola contra todos en  
un país extraño...!

(Se continuará.)

## SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS NIÑOS.

Con este nombre, y bajo los auspicios de la *Económica  
Matritense*, se ha constituido en Madrid una sociedad  
cuyo objeto es amparar la infancia desvalida. Forman  
parte de ella personas muy distinguidas, que han nom-  
brado:

Presidente: Sr. Duque de Veragua.

Vicepresidente: Sr. Marqués de Pidal.

Tesorero: Sr. D. Matias Lopez.

Secretario: Sr. D. Julio Nombela.

Estos señores componen la mesa del Consejo: el Presi-  
dente de la comision ejecutiva es el Sr. D. Jacinto María  
Ruiz y el Secretario el Sr. D. Francisco Cañamaque.  
Personas muy distinguidas de los más opuestos partidos  
políticos figuran entre los consejeros, y al ver agruparse  
en torno de una benéfica idea á los señores Pidal (Don  
Alejandro), Castelar, general Reina, Echegaray, etc.,  
ocurre personificar la caridad en una virtuosa matrona  
uniendo para el bien á los hermanos que una mala mu-  
jer, la política, habia separado. Que tal union se estre-  
che, que comulguen en esta buena obra, que se aprecien,  
se hagan justicia, se amen, viendo su fisonomía moral  
por aquella fase que es más bella y simpática, en vez de  
contemplar el gesto con que la contraen las pasiones po-  
líticas, y que las luchas de los hombres se suavicen con  
el recuerdo del bien, que unidos han hecho á los niños.  
¡Pobres niños! Mucho han menester de poderosos vale-  
dores, ellos tan inocentes, tan desdichados, tan débiles  
para luchar con la miseria y con el mal ejemplo que ata-  
can la salud de su cuerpo y de su alma. *Un niño es cosa  
sagrada*, decia una mujer elocuente, y dejamos profanar  
ese santuario todos los dias y á todas las horas, no im-  
pidiendo que lleguen á sus oidos las malas palabras, á  
su alma la influencia de las malas obras, y á su blanda  
voluntad la fuerte tentacion que le promete manjares  
cuando tienen hambre, calor cuando tienen frio, y ale-  
grías cuando lloran. Solo Dios sabe hasta qué punto es  
responsable el hombre que peca, despues de haber sido  
niño abandonado, y hasta dónde hemos de responder nos-  
otros de su falta, porque lo cierto es que no hay pecado  
sin culpa de alguno. Es grave la de dejar á los inocentes  
que se pervientan y á los débiles que sufran; es bien do-  
loroso verlos en medio del torbellino social, magullados  
y cárdenos, golpeándose contra las montañas de hielo de  
que los rodea el egoismo, y por eso parece tan meritorio  
y consuela tanto cualquier esfuerzo dirigido á proteger  
su inocencia y á aliviar su desventura.

Benditos y bien venidos sean los protectores de la in-  
fancia abandonada; pero si ellos han de auxiliarla, au-  
xiliémoslos, porque la empresa es dificultosa, y no basta  
que se apruebe y que se admire, necesita cooperacion éfi-  
caz, perseverante. Dásele cada cual en la medida de sus  
fuerzas y de la necesidad que es mucha. ¿Quién niega su  
apoyo al que reúne en sí todas las debilidades? ¿Quién no  
compadece á un ángel que llora?

CONCEPCION ARENAL.

Gijón 18 de Julio de 1878.

Soluciones al logogrifo que apareció en el núm. 29 de  
EL CORREO correspondiente al 2 de Agosto, por las seño-  
ras Doña Concepcion Bolabin, de Sanlúcar; Doña Mer-  
cedes Castro, de Sautoña; Doña Teodora Guillen, de Cá-  
diz; Doña Manuela Arborés, de Játiva; Doña Luisa Cis-  
car Sánchez, de Guadalajara; Doña Juana Torrents, de  
Barcelona; Doña Saturnina Vincent, de Albacete; Doña  
Matilde Gonzalez Cárcar, de Badajoz, y Doña Josefa  
Terres, de Segovia.

RAMIRO.

## CHARADA.

Juro á Dios, *prima, segunda y tercera*  
con pasion acendrada y verdadera.  
Mi corazon *cuarta y tercera* hace,  
porque al verte se alborota y se deshace;  
y si *prima y quinta* contigo me es propicio,  
haré con mucho gusto un sacrificio;  
y más que *dos y tercera* bravo  
me veras al fin y al cabo.  
No has menester para que yo te quiera  
ni la *quinta* unida á la *tercera*,  
porque así mi fé te lo asegura,  
me basta con tu mágica hermosura;  
en fin, la *cuarta* y la *segunda*,  
tanto por tí mi entusiasmo abunda.  
Me tienes ¡oh mujer! de tal manera  
que el *todo* estoy por tí; ¡quién lo creyera!

JOAQUIN RAMA.



## ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Algunas suscritoras me preguntan el modo de limpiar los utensilios de cobre, que suelen tomarse cuando dejan de usarse algún tiempo.

Para ello se emplea un agua compuesta de 30 gramos de ácido oxálico y 60 gramos de tierra llamada podrida, desliéndose ambas cosas en un litro de agua. Se moja en esta preparación un trapo de lana, con el cual se frota el utensilio; se pasa luego un poco de tripoli para darle brillo, y se seca cuidadosamente con un lienzo.

El hierro se limpia con el gres ó la ceniza; el estañó con la creta, llamada por otro nombre blanco de España.

Para limpiar los objetos de plata se deslie creta ó carbonato de cal en aguardiente, se da una capa de esta composición á los objetos, se deja secar y se cepilla. Si la plata se ha ennegrecido por haber estado en contacto con

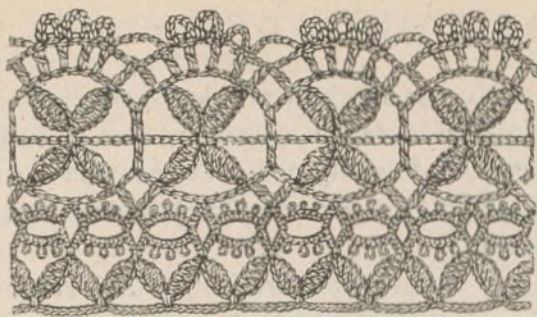
huevos, se pone hollín en el aguardiente en vez de blanco de España.

La cristalería se lava con aguardiente ó vinagre, en el que se ha desleído creta; las botellas y frascos, con cáscaras de huevo, y la loza y porcelana, si están manchadas, con jabón negro.

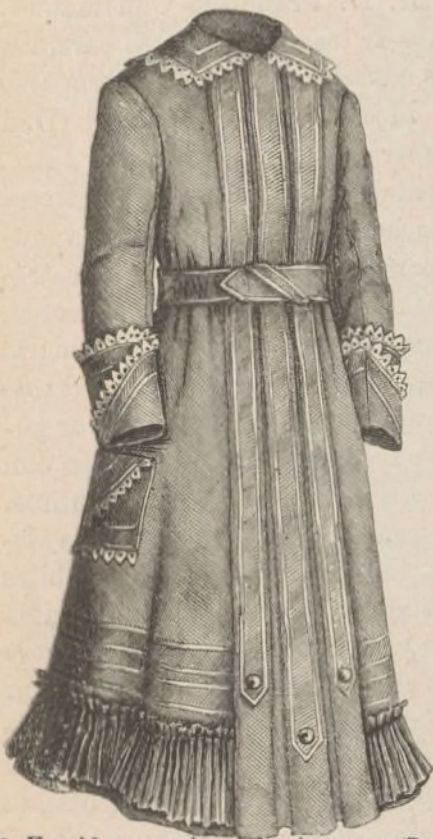
También me preguntan el modo de impedir que las moscas, que tanto abundan en el campo, ensucien los muebles y los espejos.

Se frota en diferentes partes con aceite de laurel, cuyo olor ahuyenta estos insectos, y también se destruyen poniendo sobre una mesa un plato con mercurio mezclado con leche ó agua y azúcar; pero esto puede hacerse en una habitación en que no se esté, pues es asqueroso verlas caer medio muertas por todas partes.

Mejor es cubrir un plato con un



13. Puntilla de crochet y frivolté con dos hilos.



22. Vestido para niña de 11 á 13 años. (Patron: pliego por el revés, núm. XIII, figs. 50 á 55.) (Véase el núm. 2.)

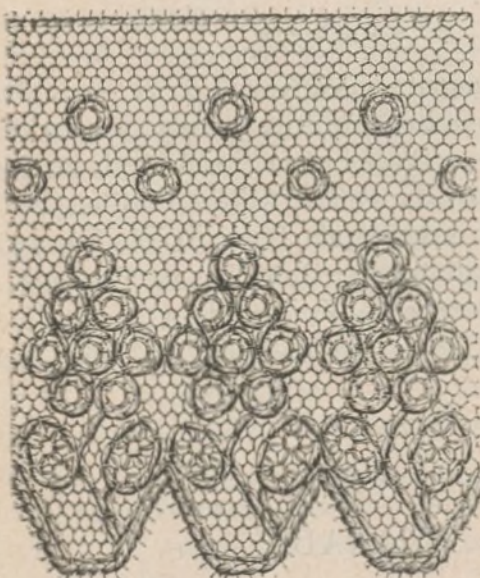


19. Peinador princesa. (Véanse los núms. 18, 20 y 21.)



17. Peinador con paletot para traje de mañana. Patron del paletot: pliego del revés, núm. X, fig. 39 á 42.

18. Peinador princesa. (Véanse los núms. 19 á 21.) (Patron: pliego por el derecho, núm. III, figs. 13 á 15.)



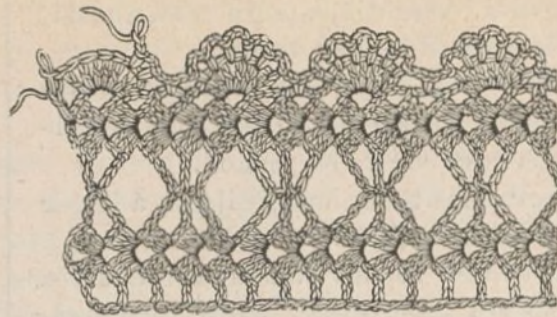
20. Puntilla bordada en tul para el peinador princesa núm. 18.

baño de miel, al cual todas las que acuden quedan pegadas, y no hay más que tirar el plato.

En las cocinas podrán suspenderse del techo ramos de parietaria ó alfalfa salpicados con agua azucarada. A la noche se coje el ramo con cuidado y se tira.

Otros colocan debajo de él en una tabla un poco de pólvora y pez griega en polvo y la pegan fuego, cayendo todas las moscas que hay en el manojó.

Para que estos insectos no se peguen á las pinturas, se pone en una cazuela de agua un manojó de puer-



14. Puntilla de crochet trabajada á lo ancho.

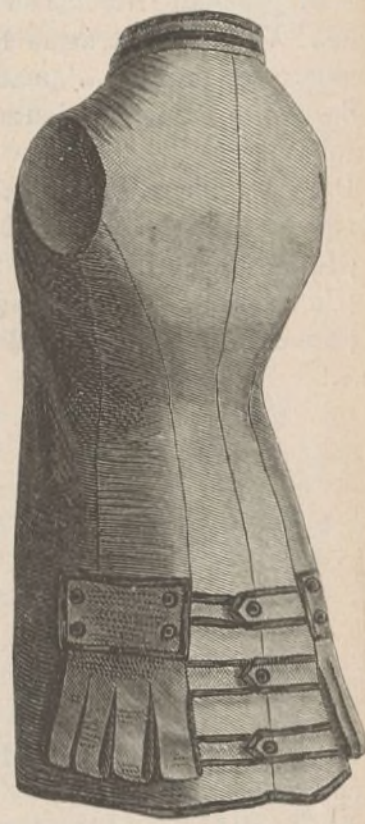
ros por espacio de seis ó ocho días, y con esta agua se humedece la pintura.

La leche mezclada con pimienta, es un fuertísimo veneno para las moscas;

las hojas del tabaco puestas en infusión en agua durante veinticuatro horas, y hervidas después por espacio de una hora, tienen el privilegio de atraerlas y matarlas.

En una magnífica sección del Campo de Marte se han instalado quinientos mil pares de aves remitidas del Senegal. Hay clases muy originales y muy curiosas con nombres y particularidades completamente pintorescas. El none, que tiene el cuerpo blanco con un capuchón negro; la viuda dominicana, con un pico encarnado y una larga cola; otra viuda con collar de oro y pico de plata; el cancionero de Africa, que silba alegremente ejecutando todos los aires que oye; el cordón azul, que tiene muy limpio su nido y su estancia; el trabajador, ocupado en adornar su prisión con el plumaje que tiene debajo del pico; el gendarme, de carácter malo y pendenciero, que maltrata y mata, si le place, á sus semejantes, etc., etc.

Esta gran colonia de bipedos obedece á su maestro, á quien temen, como los discípulos á su maestro. Es de ver al negro Boubakare N'jaie, de la tribu de los Onolof, cómo hace reinar el orden entre esos huéspedes chillones y pendencieros.



16. Paletot sin mangas.

## EXPLICACION DEL FIGURIN 1.325.

FIG. 1.<sup>a</sup> Traje de paseo para el campo.—Vestido de percal liso y de cuadros. El cuerpo-blusa de largas aldetas, y la túnica drapada atrás y sostenida con lazos, son de tela á cuadros, y el plastron, plegado, de tela lisa. El cuello termina en punta por atrás. Tanto éste como las mangas, son de tela lisa.

Dos volantes plisados y sujetos con biesses adornan la falda. Sombrero de paja con adornos de gasa, y cinta del color del vestido y una rosa en el centro.



21. Entredós bordado en tul para el peinador princesa núm. 18.

FIG. 2.<sup>a</sup> Traje de paseo y visitas para el campo.—Es de tela lisa gris con biesses azules. La triple túnica, montada sobre la falda debajo del cuerpo paletot, exige una parte de tela cortada al hilo, ribeteada, y que se completa en su ancho con dos paños más estrechos. Por abajo la falda lleva dos plisados. Botones de asta cierran oblicuamente el cuerpo y adornan los bolsillos y las carteras de las mangas. Sombrero de paja de fantasía, guarnecido de espigas y amapolas.